Me encanta aprender, pero me horroriza que me enseñen.

Miguel Ángel Santos Guerra

Se atribuye este pensamiento a Winston Churchill. Y me viene como anillo al dedo para hacer algunas consideraciones sobre ese peculiar fenómeno de septiembre que se denomina "la vuelta al cole".

Los niños y las niñas se ven de nuevo alineados (*¿Alineados?*) en los pupitres, padres y madres anhelan la tranquilidad de tener controlados a sus hijos durante muchas horas del día, algunos profesores tienen que limpiar los libros que se han cubiertos de polvo durante el verano y El Corte Inglés vuelve a la carga ofreciendo un insinuante mensaje que siembra de nubes negras el cielo limpio de agosto. (Para hacer un buen curso hay que tener la ropa de moda, la cartera de marca y los libros más caros...)

Es más que probable que el lector conozca aquella simpática historia del hijo que llegado el mes de septiembre, le dice al padre:

- Papá, no estoy dispuesto a volver al colegio. Por tres razones. La primera porque no aprendo nada, la segunda porque me aburre mucho y la tercera porque estoy harto.

El Padre medita brevemente sobre la argumentación de su hijo y responde con aplomo:

- Mira, hijo, tienes que ir al colegio. Y lo debes hacer por tres razones. La primera porque es tu obligación, la segunda porque tienes 35 años y la tercera porque eres el director.

Hay que volver de nuevos a los horarios fijos, a las normas estrictas, a las explicaciones más o menos interesantes, a los controles de evaluación, a las felicitaciones que siguen al éxito o los reproches que se derivan del fracaso. El fracaso es suspender. El éxito es aprobar. ¿Y aprender? ¿Qué es lo que se aprende?.

Se equivoca quienes piensan que sólo se aprende en una situación institucionalizada. Se aprende en los libros de la vida, en las aulas de las calles, en el río de imágenes que brota de la televisión. Existe en el ser humano un deseo innato de explorar, de aprender, de buscar y descubrir. Por eso el niño y la niña son exploradores del mundo. Por eso aprenden de forma casi natural a hablar y a expresarse. Son aprendizajes espontáneos, basados en intereses, adaptados a las capacidades y al ritmo de cada uno.

Otra cosa muy distinta es el aprendizaje que se efectúa simultáneamente (lo cual da pie a establecer comparaciones insidiosas), a un ritmo único, en unas horas y escenarios fijos, sobre cuestiones que a veces no interesan, de forma artificialmente programada, en estructuras autoritarias.

Cuenta De Mello que un hombre decidió suministrar dosis de aceite de hígado de bacalao a su perro Dobberman, porque se lo habían aconsejado para estimular el apetito del animal. De modo que cada día sujetaba entre las rodillas la cabeza del perro, que se resistía con todas sus fuerzas, le obligaba a abrir la boca y le vertía el aceite por el gañote. Pero un día, en el tremendo forcejeo, al hacer el perro un brusco movimiento con la cabeza, dio contra el tarro y lo tiró. El tarro se rompió y el aceite se derramó por el suelo. En seguida el perro empezó a lamer el aceite con visible fruición. Su amo se quedó estupefacto. Al perro le gustaba el aceite, pero no el modo con que su amo pretendía dárselo.

Resulta paradójico la actitud del padre que responde desabridamente con un "y yo qué sé" a la pregunta de su hijo sobre el tipo de árbol o la especie de pájaro que ve desde el coche y que al día siguiente le reprocha que haya obtenido una mala calificación en el examen sobre la flora y la fauna de Oceanía.

Resulta paradójico que algunos profesores exijan esfuerzo e ilusión a los alumnos desde una inapetencia intelectual y un aburrimiento manifiestos. Las paradojas de la escuela:

Un alumno le pregunta al profesor qué es lo que ha escrito en la cabecera de su ejercicio. El profesor le explica que lo que allí ha querido decir es que escriba con letra más clara y legible. ¿Qué decir de una academia que tuviera escrito en el frontis de su edificio "Aquí se dan clases de Hortografía".

¿Cuántos profesores vuelven contentos a reanudar una tarea ilusionante que consiste en descubrir el conocimiento, en estimular la búsqueda, en compartir el deseo de aprender?

Los profesionales de la enseñanza tenemos que interrogarnos permanentemente sobre la naturaleza del trabajo que realizamos, sobre lo que aprenden los niños y las niñas en ellas, sobre los métodos y las formas de evaluación, sobre lo que asimilan los estudiantes de las estructuras, el funcionamiento y las relaciones.

Cuando revisamos los objetivos pedagógicos de la escuela de otras épocas, nos asombramos del nivel de indoctrinación que mantenía y del terrible sometimiento que provocaba. ¿No es cierto que habría que revisar de forma rigurosa y constante la tarea de la escuela?. Por eso es tan preocupante aquella grave afirmación de Margaret Mead contra la educación institucionalizada: "Como mi abuela quiso que tuviera una buena educación, me mando a la escuela".

No sólo es necesario revisar la tarea de la escuela como institución a la que acude "nuestro hijo" o en la que "uno mismo ejerce como profesor". Hay que poner sobre el tapete cuestiones más generales: elección de centro, calidad de los mismos, finalidad del sistema educativo, igualdad de oportunidades que se ofrece a los ciudadanos de diferentes clases sociales, discriminación todavía existente sobre las chicas, etc. El sistema educativo es la cuestión capital del país.

Hay quien piensa que los colegios son mejores porque los niños y las niñas aprenden pronto a leer o porque consiguen aprobar muchos jóvenes de los que se presentan a la selectividad. A veces se olvida que en esos "centros de calidad" se discrimina a los gitanos o a los pobres, se hace una selección clasista o se aconseja a los torpes que se busquen otro más acorde a sus capacidades.

En una época en la que la eficacia se hace el máximo valor es fácil llegar al siguiente razonamiento: Lo eficaz es verdadero, lo verdadero es justo, luego lo eficaz es justo. De esa manera, sólo se tendrá como criterio de calidad la consecución del logro inmediato y tangible. Aprobar es lo eficaz. Lo demás (aprender, disfrutar, convivir, saber investigar, compartir el conocimiento, ayudar a saber, estimular el aprendizaje, utilizar el saber para mejorar...) es desdeñable o intrascendente.

Volver a la escuela significa que todas las personas afrontaremos el reto de aprender a pensar y convivir. Hacer escuela es construir juntos una sociedad más sabia y más justa. Un buen medio es ayudar a todos los estudiantes a desarrollar detectores de mentiras.

20, 21 y 22 José María
MMA 8 y 6 Severo / Diante
15, 16 y 17